

[en busca de reglas]

UNA CONVERSACIÓN con Christian Kerez

GEORG FRANCK

Ch. Kerez: Usted, en su último libro, *Architektonische Qualität*, trata de las cualidades de la arquitectura. En el anterior, *Mentaler Kapitalismus. Eine politische Ökonomie des Geistes*, aborda la percepción de la arquitectura en la 'era de los media'. Ahora, cuando se pregunta acerca de la calidad, o profundiza en la distinción entre lo bueno y lo malo, excluye los 'media'. Tal como yo veo la arquitectura, no creo que pueda generalizarse la distinción entre lo bueno y lo malo; y no tengo recetas universales para hacer del mundo un lugar mejor. Por su parte hay un intento de formular una ética de la arquitectura, pero en mi caso no se da un *a priori* moral que justifique los planteamientos. Eso sólo puede hacerse caso por caso, con un proyecto específico y *a posteriori*. Por eso la primera pregunta que le hago es por qué aun así a usted le interesa mi obra.

G. Franck: No hay tensión sin contradicción. Y hasta cierto punto para mí también supone un dilema. Por un lado, el libro recalca la importancia de las buenas maneras en la arquitectura. Hoy día la arquitectura es arquitectura en el contexto de un crecimiento urbano descontrolado y sobre todo en compañía de otras arquitecturas. Lo que hace que la expansión urbana sea tan terrible es que los edificios azarosamente diseminados no tienen nada que decirse unos a otros. No contribuyen a la creación de espacios exteriores interesantes desde el punto de vista arquitectónico; no se vinculan entre sí para crear conjuntos con identidad y carácter. Y debo decir que su arquitectura no es totalmente ejemplar en lo que atañe a esas virtudes sociales. Pero en lo que sí resulta intachable es en otro de los aspectos que aborda mi libro: lo opuesto a la calidad arquitectónica no es la fealdad, sino la arbitrariedad. La belleza y la fealdad están tan próximas y tan relacionadas entre sí que no pueden confundirse: lo que hoy resulta feo mañana puede ser considerado hermoso, y viceversa. Pero cuando surge lo arbitrario desaparece todo lo relacionado con la estética. Lo que me interesa de su arquitectura —y mucho, de hecho, porque ofrece evidencias— es cómo implementa de hecho esa noción de calidad, demostrando que se puede intentar reducir la arbitrariedad. Si podemos decir que hay un método en su planteamiento, éste podría ser que en lugar de abordar el problema de diseño de frente, para encontrar una solución, lo que hace es exacerbarlo hasta el extremo de que parezca irresoluble. De hecho, mientras peor es más inexorable se vuelve. Lo inexorable en la arquitectura no es lo mismo que lo causal o la necesidad lógica. Quiere decir que ni siquiera puede preguntarse si existe otra solución.

[the quest for rules]

A CONVERSATION with Christian Kerez

GEORG FRANCK

Ch. Kerez: Your last book *Architektonische Qualität* is on the qualities of architecture. The previous one *Mentaler Kapitalismus. Eine politische Ökonomie des Geistes* was about the perception of architecture in the media age. Now, when you ask about quality or look into the distinction between good and bad, you exclude the media. The way I see architecture, I don't think you can make generalizations about the distinction between good and bad. I have no universally valid models to make the world a better place. While you attempt to formulate an ethics of architecture, there is no *a priori* moral justification of my approach. That can only be done from case to case, in relation to the specific project and after the fact. That's why my first question to you is why you are even interested in my work.

G. Franck: *There is no tension without contradiction. To a certain extent, it's a quandary for me too. On one hand, the book emphasises how important good manners are in architecture. Nowadays, architecture is architecture in the context of urban sprawl and therefore it is architecture in the company of other architecture. What makes urban sprawl so wretched is that the randomly scattered buildings have nothing to say to each other. They don't cooperate to form walls of architecturally remarkable outdoor spaces; they don't join up to form structures that have an identity and a character. And your architecture is not entirely irreproachable as far as these social virtues are concerned. But it is certainly beyond reproach when it comes to another thesis in my book, namely that the opposite of architectural quality is not ugliness, but arbitrariness. Beauty and ugliness are so immediately and so closely related that they can be confounded: what is ugly today may be deemed beautiful tomorrow and what is beautiful today may be deemed ugly tomorrow. But when the impression of arbitrariness is present, any connection with aesthetics is suppressed. What interests me about your architecture —in fact keenly, because it offers proof— is how effectively it implements this definition of quality. It demonstrates how one can work at reducing arbitrariness. If one could say there is method to your approach then it would be that instead of tackling the design problem head-on to find a solution, you exacerbate it to such an extent that it almost seems as if there is no solution at all. In fact, the worse it gets the more inexorable it becomes. Inexorability in architecture is not the same as causal or logical necessity. It means that you can't even ask whether another solution exists.*



EDIFICIO ESCOLAR EN LEUTSCHENBACH
SCHOOL BUILDING IN LEUTSCHENBACH
Zurich, Switzerland, 2003/2009
Photo: Walter Mair

Indirectamente, usted aborda el problema del planeamiento urbano con tipos edificatorios particularmente aburridos y socialmente poco provechosos: casas pareadas, bloques de apartamentos, escuelas. Y elimina en ellos todo lo que es aburrido o no resulta digno de aplauso, pero no desde el planeamiento urbano. Usted trabaja a otro nivel: empieza con la organización espacial dentro del edificio e identifica específicamente aquellos problemas cuyas soluciones estandarizadas hacen que muchos de esos edificios sean intercambiables.

La periferia y lo 'extra-urbano' son no-lugares; no los considero ni buenos ni malos. Constituyen imágenes precisas, son un retrato de nuestra era y nuestra sociedad. Y esto es algo que intento aceptar sin hacer juicios de valor. No obstante, nuestras periferias no expresan ni reflejan ideas valiosas acerca de cómo debería ser el mundo. Están hechas a partir de modelos formales extremadamente adulterados y atomizados, que son completamente intercambiables a intervalos regulares. Obviamente, no puedo aceptar ese contexto como punto de partida de una propuesta y ni siquiera como telón de fondo ideológico que pudiera ser estimulante y proporcionar una solución específica a un proyecto concreto. Como arquitecto, no trato de mejorar el mundo; tan sólo intento crear algo arquitectónicamente comprensible. Probablemente sea eso lo que resulta tan diferente de la idea de lo bueno y lo malo.

Nietzsche intuía que la moralidad era la cadena que usaba una mayoría débil para sujetar a una minoría más fuerte. Un crítico nietzscheano de nuestro entorno construido probablemente diría que el camino hacia todos esos lugares extra-urbanos que crecen cada vez más está pavimentado de buenas intenciones: vida en familia, centros comerciales donde se conoce a los clientes, la seguridad laboral que proporcionan los parques industriales, etcétera. El efecto acumulativo que transforma todas esas buenas intenciones en algo perverso es consecuencia de la demanda actual. Que también se aplica a las soluciones estandarizadas de ese tipo de desarrollos extra-urbanos. ¿No podríamos —o más bien no deberíamos— traicionar todas esas buenas intenciones para cortar semejante flujo de arbitrariedad?

La arquitectura se define por parámetros y requerimientos contextuales, pero éstos son a menudo tan numerosos y contradictorios que, en su conjunto, siempre conducen a las mismas respuestas; y cualquier cosa que se desvíe de la norma resulta irrelevante. Desde el punto de vista tradicional la normalidad pudo representar en su día los valores compartidos, pero hoy es

Indirectly, you address the problem of city planning by working on particularly boring and socially unrewarding types of buildings: semi-detached houses, apartment buildings, schoolhouses. You eliminate all that is cheerless and boring about them but not by addressing city planning. You work on a different level: you start with the spatial organisation inside the building. You specifically pinpoint those problems whose standardised solutions make so many of those buildings interchangeable.

Suburbs and exurbs are non-places, which I consider neither good nor bad. They are a precise picture, a portrait of an age and a society. This is a fact that I try to accept without any value judgements. However, our suburbs do not express superordinate ideas about what the world should look like. They consist of extremely diluted, atomized, purely formal models that are utterly replaceable at regular intervals. Obviously, I cannot accept this context as the foundation of design or even as an ideological background that would be so compelling as to provide a solution specific to the respective project. As an architect, I'm not trying to improve the world, I'm trying only to create something that is architecturally comprehensible. That may be what is fundamentally different from the idea of good and bad.

Nietzsche suspected that morals were a tool wielded by the weaker majority to keep the stronger minority in chains. A Nietzschean critique of our built environment would probably claim that the road to all the sprawling exurbs is paved with good intentions: family-oriented living, customer friendly malls, job security provided by industrial parks, etc. The cumulative effect that turns all those good intentions into a widespread evil is a consequence of actual demand. That also applies to the standardised solutions of such developments. May we —or, in fact, must we— violate all those good intentions in order to dam the flood of arbitrariness?

Architecture is defined by contextual parameters and requirements, but they are often so numerous and contradictory that, in their totality, they always lead to the same answers and anything that deviates from the norm becomes irrelevant. In traditional terms, normalcy may once have stood for the embodiment of shared values, while nowadays it has simply become another word for mediocrity. That is why I always